

## SIBERIA BAJO LA NIEVE

### I

Después de despedir en la estación a los soldados de su promoción que regresaban a casa y volver al cuartel, los dos se tumbaron en la cama mucho rato sin dejar de suspirar. No regresar con los demás significaba para ellos un año más allí.

El año anterior en Siberia se había hecho muy largo y aburrido. Era el segundo de su carrera militar. Les asignaron a un hospital y, poco después, a su destino actual. Su regimiento, compuesto por unos cien hombres, embarcó en la ciudad de Tsuruga, en la prefectura de Fukui. Todos rondaban la misma edad. Llegaron para reemplazar a soldados que, en su mayoría, llevaban cuatro años de servicio, aunque los había que solo llevaban tres.

Siberia estaba cubierta por la nieve hasta donde alcanzaba la vista. Los ríos congelados servían como pistas estacionales sobre las que transitaban trineos tirados por caballos de carga. Para no resbalar en el hielo, los hombres se cubrían las suelas de las botas con paños, sin olvidar nunca taparse la cabeza con gorros de piel y abrigarse con prendas gruesas. A menudo, bandadas de cuervos de pico blanco se amontonaban sobre la

nieve para dar cuenta encarnizadamente de cualquier cosa que pudieran encontrar.

Cuando la nieve se fundió, descubrió un campo seco, monótono, por donde empezaron a moverse manadas de caballos y vacas que no dejaban de relinchar y mugir. Al poco tiempo, las hierbas brotaron en las cunetas y el verde empezó a distinguirse en algunos prados y colinas. En una semana, el campo seco se tiñó por completo de verde, las plantas brotaron, los árboles alzaron sus ramas libres del peso de la nieve y las ocas y patos salvajes empezaron a revolotear por todos lados.

En verano, ambos fueron trasladados con un regimiento de infantería cerca de la frontera entre Rusia y China. En octubre, se produjo un enfrentamiento con el Ejército Rojo y les retiraron de la primera línea de combate en un tren blindado.

Sobre los prados se posó durante una semana una densa niebla que no dejaba ver a más de cincuenta metros. Habían ocupado un cuartel ruso de ladrillo rojo encaramado en lo alto de una colina. Lo limpiaron y lo dividieron en habitaciones con tablonés de madera, que también usaron para improvisar mesas de quirófano. Colocaron allí todos los medicamentos de los que disponían y en el exterior colgaron un cartel: Hospital Militar.

En noviembre empezó a nevar. La nieve ya no se deshacía; cuajaba sobre la ya caída hasta formar sucesivas capas que se iban amontonando despacio. Los culíes tenían asignada la tarea de ir a buscar agua a diario al manantial de un valle cercano. La que se les derramaba en el camino de vuelta se congelaba en

seguida a ambos lados del camino, y formaba ya una pequeña cadena montañosa de hielo.

Los dos hombres se encerraron en el interior del edificio y no se separaron de la *pechka*<sup>1</sup>, encendida día y noche.

Pensaban en el año que tenían por delante. Esperaban impacientes el día de la llegada de los soldados de reemplazo, momento en el cual serían libres para ir donde quisieran. Pensaban en sus casas y les venían a la mente las terribles escenas de sus compañeros muertos o con miembros amputados.

El reemplazo llegó más o menos en la misma época en la que ellos habían desembarcado en Siberia. La mayoría de los que llevaban tres y cuatro años de servicio se habían marchado, pero dos de ellos debían quedarse para ayudar en la formación de los que empezaban su carrera en la zona de conflicto.

El médico militar y el jefe de camilleros acordaron quitarse de en medio a los hombres más problemáticos, a los más complicados de manejar. Dispusieron que se quedaran Yoshida y Komura, hombres leales y trabajadores, ambos fáciles de llevar.

## II

Nadie quería estar mucho tiempo en Siberia.

A un tipo llamado Yashima, con un bigote fino y bien arreglado, le gustaban las cosas intrépidas e inhumanas. No dejaba pasar la ocasión de sacar la bayoneta

<sup>1</sup> Estufa típica en la Rusia de la época que calentaba la habitación por radiación, a través de un sistema de tuberías que circulaban por las paredes. (*Todas las notas son de los traductores*).

y atravesar rusos con ella. Disfrutaba al hacerlo. Si no tenía rusos cerca con los que luchar, se dedicaba a apuñalar a los cerdos y vacas que pastaban por el campo.

—Es imposible hacer estas cosas en casa. Por eso me gusta tanto Siberia. Es una tierra sin ley —decía.

A menudo, desafiaba al médico militar o al jefe de camilleros. En una ocasión, incluso, persiguió al primero pistola en mano. Le había ofendido al exigirle que cumpliera con su deber como estaba prescrito. Le descerrajó un tiro en la espalda con estruendo. Por suerte para el médico, apuntó mal y la bala atravesó una persiana y una ventana.

Todos pensaban que la intención de Yashima era quedarse más tiempo en Siberia.

—Uno o dos años más aquí, vistos desde la perspectiva de toda una vida —fanfarroneaba con los demás—, no significan nada.

Sin embargo, el día en que el médico y el jefe de camilleros elaboraron la lista de los que volvían, el primer nombre que escribieron fue el suyo. Su presencia era peligrosa. Resultaba una verdadera molestia tener cerca a un soldado que blandía la bayoneta con tanta facilidad, a alguien con el gatillo fácil.

Había otro, llamado Fukuda, que se había alistado voluntario. Hablaba algo de ruso y su intención era practicarlo lo máximo posible durante su estancia en Siberia. De hecho, dejaba lo que tuviera entre manos para ponerse a hablar con cualquiera durante horas en cuanto se le presentaba la oportunidad. No esperaba regresar hasta que no hubiera dominado bien la lengua. Sin embargo, él también estaba en la lista.

Había otros casos parecidos.

Un soldado se ausentó del hospital sin permiso y regresó tres días más tarde. Pasó todo el tiempo en casa de una familia rusa. Se podía considerar una desertión, motivo suficiente para llevarle frente al pelotón de fusilamiento, pero sus superiores lo mantuvieron en silencio y gracias a eso salvó la vida. Imaginó que su castigo sería pasar allí un cuarto año; pero, atónito, descubrió su nombre escrito en la lista.

Los únicos obligados a quedarse fueron Yoshida y Komura.

Desde el primer día de su llegada, los dos pensaron que, si eran diligentes y no desobedecían, su recompensa sería volver pronto a casa. Aunque estuvieran enfermos y les resultara penoso cumplir con sus obligaciones, nunca desatendieron el trabajo.

Así fue como se ganaron un año más de servicio a la madre patria en Siberia.

Fue un auténtico ataque por sorpresa, como si se aprovecharan de su confianza. Sintieron asco y unas ganas terribles de desahogar su ira con cualquier cosa que tuvieran a mano.

### III

Yashima les dijo, mientras esperaban el tren:

—Al final, los necios sois vosotros. Si tantas ganas tenéis de volver, actuad como yo. Todos los mandos quieren subordinados dóciles como ovejitas. Es lógico. Bueno, de todos modos, ya sabéis que un año más o menos en Siberia no significa nada en el cómputo total de una vida. ¡Cuidaos!

Al escuchar sus palabras, tanto a Yoshida como a Komura les venció el desaliento.

Los soldados de su reemplazo hablaban con entusiasmo sobre sus planes al regresar a casa. Irían a buscar a tal o cual chica que habían conocido antes de entrar en servicio. Se olvidaban por completo de las prostitutas que frecuentaban apenas un día antes.

Incluso Fukuda, el voluntario, de repente parecía ansioso por marcharse.

—Nada más llegar me casaré. El ruso me importa un bledo, no me hace falta saber más. Si sucedo a mi padre no moriré de hambre, y aquí uno nunca sabe cuándo se va a topar con un partisano. Estoy har- to de este infierno.

Yoshida y Komura fueron los dos únicos excluidos del grupo. Se quedaron solos en un rincón de la sala de espera. No se caían especialmente bien. Komura era tímido, trabajaba con diligencia si alguien le mandaba, pero no era emprendedor. Yoshida, al contrario, era extrovertido, un buen tipo que no se metía en los asuntos de nadie y al que siempre le colgaban algún muerto. Cuando estaban juntos, era Yoshida el que lo decidía todo, quien actuaba como si tuviera mayor rango. En el fondo, a Komura le desagradaba, pero los dos sabían que ahora más les valía llevarse bien. Por mucho que hubiese algo en el otro que no les gustara, no les quedaba más remedio que soportarse. Eran compañeros de reemplazo. A partir de ese momento, se sentían obligados a ayudarse.

—Gracias por venir a despedirnos.

Cuando el tren estacionó, los soldados agarraron sus petates cargados de recuerdos de Siberia y se

precipitaron dentro para conseguir un buen sitio. Una vez acomodados, se quitaron los gorros de piel y pegaron sus caras a las ventanillas.

En aquella parada no había andén. Yoshida y Komura permanecían en pie entre las dos vías. Miraban hacia arriba, al interior de aquel inmenso convoy. Al otro lado, todos reían o hablaban animadamente. Yoshida y Komura trataban de mantener el tipo, pero sus mejillas estaban tensas y apenas podían reprimir las ganas de llorar. No querían que nadie se diera cuenta. Lo que se veía desde fuera era a dos tipos silenciosos con gesto malhumorado.

El tren arrancó.

Las caras, asomadas a las ventanillas hasta hacía solo un momento, desaparecieron en el interior. No pudieron contener más la emoción y las lágrimas terminaron por escapárseles.

—¿Volvemos al hospital? —propuso Yoshida.

—Bueno.

En el tono de Komura se intuía el llanto. Para atajarlo, Yoshida dijo:

—Hagamos una carrera hasta el puente.

—De acuerdo —contestó Komura, con su voz de siempre.

—Preparados: uno, dos, tres...

Yoshida sacó ventaja en seguida. Cuando apenas habían corrido cien metros, la mitad del trayecto, les venció el desánimo y lo dejaron. Volvieron al hospital arrastrando sus pesadas piernas.

Durante casi una semana desatendieron todas sus obligaciones. Las dejaron en manos de los novatos. Ellos se quedaron en la cama, dormitando.

#### IV

—¿Vamos a cazar conejos? —dijo Yoshida de buenas a primeras.

—¿Hay conejos por aquí?

Komura contestó sin moverse de la cama, tapado hasta la nariz con la manta.

—Por supuesto. No dejan de brincar de aquí para allá. Los veo desde hace un buen rato.

Yoshida señaló hacia el exterior. Estaba tumbado boca abajo. Apuntaba a una colina que quedaba al otro lado de la doble ventana. Las colinas ondulaban el paisaje hasta amontonarse en una montaña en la lejanía. Estaban cubiertas de maleza, de grupos de arbustos, de piedras derrumbadas. Sin embargo, todo se encontraba tapado ahora por una uniforme y espesa capa de nieve.

Los conejos correteaban por los magros espacios donde aún quedaba algún resto de verde, para desaparecer a saltitos poco después, camuflados en la nieve. Al cabo de un momento, aparecían en otro sitio. Primero se veían sus grandes orejas, después el resto del cuerpo. Pero si uno no estaba atento los perdía de vista en seguida en la indiferenciada blancura.

—¡Mira, ahí está, ha salido! —dijo Yoshida, tratando de contener su emoción—. ¡Fíjate qué brincos!

—Vamos a ver —Komura se levantó y se acercó a la ventana—. No veo nada.

—Estate atento, verás cómo saltan. ¿No ves cómo corren hasta esas piedras? ¿No ves las orejas?

Estaban aburridos de tanto dormir, pero tampoco querían volver al trabajo. Todo les parecía



absurdo, sentían que ya no serían capaces de tomarse nada en serio. Lo más probable era que los compañeros de su unidad ya hubieran llegado a Tsuruga, el mismo puerto donde embarcaron. Muy pronto el servicio activo tocaría a su fin y cada cual volvería a su casa. Solo podían pensar en eso. Recordaban las noches que habían pasado en la ciudad antes de embarcarse para Siberia. Aquel puerto resplandecía cálido y radiante en sus recuerdos. ¿Cuántos años habían transcurrido desde la última vez que vieron el mar? Sentían como si hubieran estado allí encerrados al menos tres años, no, más bien cinco. ¿Qué era tan importante como para enviar soldados a Siberia, donde solo iban a encontrar sufrimiento? Mataban a rusos y los rusos les mataban a ellos. De no haber enviado tropas a un lugar tan remoto, nada de eso habría sucedido y ellos no habrían tenido que cumplir con el tercer año de su servicio militar allí.

Se arrepentían de haber sido tan honestos y ejemplares. Uno debía actuar como un salvaje irresponsable; de lo contrario, estaba perdido. A partir de ese momento, harían lo que les viniera en gana durante todo el año que les quedaba.

Yoshida se puso el uniforme ártico, agarró el fusil, lo cargó y salió aprisa del barracón.

—¿No pasa nada por utilizar munición de guerra para disparar a un conejo? —le preguntó cauteloso Komura mientras se ponía el uniforme.

—¡Me da igual!

—Me pregunto si Oink no se enfadará...

Con Oink, Komura se refería al jefe de camilleros.

En el hospital también habían distribuido fusiles y munición, pero solo para ser usados en caso de emergencia. Con emergencia se referían a un ataque enemigo.

Yoshida salió sin preocuparse de nada más. Komura pensó que las cosas se arreglarían de algún modo. Agarró su fusil y le siguió.

Yoshida saltó la valla del recinto del hospital, caminó unos treinta pasos, se detuvo y abrió fuego. En Japón iba a menudo a cazar ciervos y estaba acostumbrado a disparar. Un soldado de infantería debe estar tranquilo cuando fija el blanco. Eso les habían enseñado, a afinar la puntería al máximo. Pero en la caza uno no contaba con el tiempo necesario. El objetivo era un animal que huía para salvar su vida, así que debía hacerlo todo en un instante, en un solo movimiento. Acostumbrado a las armas de fuego, solía acertar el tiro a menudo.

Con el sonido del disparo, el conejo voló unos dos metros de altura antes de caer. Un tiro certero.

—¡Le he dado, está muerto!

Yoshida bajó el fusil, se dio media vuelta, guiñó un ojo a Komura y salió corriendo. El conejo tenía las vísceras esparcidas alrededor. Estaba tendido sobre la nieve como un niño, todo teñido de rojo en torno a él.

—Yo también soy capaz, no creas —dijo Komura, dominado por un inesperado espíritu competitivo—. Espera a que aparezca alguno más.

—Hay montones, tranquilo. Solo por esta zona he visto dos o tres.

Subieron la colina, bajaron hasta el valle y subieron una elevación más. En un agujero medio oculto

crecían unas matas. Se acercaron. La nieve crujía bajo sus botas. Aparecieron unas orejas. Poco después, el conejo huyó como un relámpago. Yoshida lo vio primero.

—Déjame a mí —le frenó Komura.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto.

Le llevó algo más de tiempo afinar la puntería, pero no erró el tiro. De nuevo, el conejo se elevó por los aires y cayó al suelo.

## V

Se llevaban la munición almacenada en el polvorín a escondidas. Salían a diario hacia las colinas con diez cartuchos en los bolsillos.

De regreso, siempre llevaban alguna presa colgada del cinto.

—A este paso vamos a acabar con todos los conejos rusos —dijo Yoshida.

Sin embargo, al día siguiente volvían a salir de caza y los conejos, asustados por el ruido de los pasos, salían despavoridos de sus refugios. Una vez empezaba el juego, ya no les dejaban escapar.

—¿De dónde sacáis la munición? —les preguntó el superior con idea de disuadir a aquellos dos entusiastas de la caza de sus salidas del hospital.

—Nos la dan en el regimiento —contestó Yoshida.

—He oído que últimamente se ven partisanos. Intentad evitar lugares peligrosos.

—Si aparecen partisanos, los mataremos como conejos.